

La perniciosa influencia de la matemática en la filosofía

Gian Carlo Rota

La doble vida de la matemática

¿Son inventadas o descubiertas las ideas matemáticas? Esta pregunta ha sido planteada repetidamente por filósofos a través de los tiempos y probablemente estará con nosotros por siempre. No nos preocuparemos por su respuesta. Lo que importa aquí es que al hacer la pregunta reconocemos que la matemática ha llevado una doble vida.

En la primera de sus vidas la matemática trata con hechos, como cualquier otra ciencia. Es un hecho que las alturas de un triángulo se encuentran en un punto; es un hecho que sólo hay diecisiete tipos de simetría en el plano; es un hecho que sólo hay cinco ecuaciones no-lineales con singularidades fijas; es un hecho que todo grupo finito de orden impar es soluble. El trabajo de un matemático consiste en tratar con tales hechos de diversas maneras. Cuando los matemáticos hablan entre ellos, se cuentan los hechos de la matemática. En su investigación, los matemáticos estudian los hechos de la matemática con un celo taxonómico similar al del botánico que estudia las propiedades de una planta extraña.

Los hechos de la matemática son tan útiles como los hechos de cualquier otra ciencia. Sin importar qué tan abstrusos puedan parecer a primera vista, tarde o temprano encuentran su camino de vuelta hacia las aplicaciones prácticas. Los hechos de la teoría de grupos, por ejemplo, pueden parecer abstractos y remotos, pero las aplicaciones prácticas de la teoría de grupos han sido numerosas, y han ocurrido en maneras que nadie habría podido anticipar. Los hechos de la matemática de hoy son el trampolín de la ciencia del mañana.

En su otra vida, la matemática se ocupa de pruebas. Una teoría matemática comienza con definiciones y deriva sus resultados a partir de reglas de inferencia claramente acordadas. Todo hecho de la matemática debe ser instalado en una teoría axiomática y probado formalmente, si ha de ser aceptado como verdadero. La exposición axiomática es indispensable en matemáticas, porque los hechos de la matemática, a diferencia de los de la física, no son verificables mediante experimentación.

El método axiomático de la matemática es uno de los grandes logros de nuestra cultura. Sin embargo, es sólo un método. Si bien los hechos de la matemática una vez descubiertos nunca van a cambiar, el método por el cual estos hechos son verificados ha cambiado muchas veces en el pasado, y sería insensato esperar que no sucedan más cambios en alguna fecha futura.

La doble vida de la filosofía

El triunfo de la matemática en llevar una doble vida ha sido, por mucho tiempo, envidiado por la filosofía, otro campo que también ha recibido la bendición – o quizás debamos decir la maldición – de vivir en dos mundos, pero que no ha estado tan cómoda con su doble vida.

En la primera de sus vidas, la filosofía se pone la tarea de contarnos cómo mirar el mundo. La filosofía es efectiva en corregir y redirigir nuestro pensamiento, ayudándonos a deshacernos de prejuicios que saltan a la vista y supuestos injustificados. La filosofía pone al descubierto contradicciones que nosotros preferiríamos evitar afrontar. Las descripciones filosóficas nos hacen conscientes de fenómenos que yacen en el otro final del espectro de la racionalidad que la ciencia no tratará y no puede tratar.

Las afirmaciones de la filosofía son menos confiables que las afirmaciones de la matemática, pero van más a fondo en las raíces de nuestra existencia. Las afirmaciones filosóficas de hoy serán el sentido común de mañana.

En su otra vida, la filosofía, como la matemática, se apoya en un método de argumentación que parece seguir las reglas de alguna lógica. Pero el método del razonamiento filosófico, a diferencia del método del razonamiento matemático, nunca ha sido claramente acordado por los filósofos, y desde sus orígenes griegos se ha gastado mucha discusión filosófica acerca del método. La relación de la filosofía con la Diosa Razón está más cerca de una convivencia forzada que del romance que siempre ha existido entre la Diosa Razón y la matemática.

Las afirmaciones de la filosofía son tentativas y parciales. No es siquiera claro con qué es lo que la filosofía trata. Se solía decir que la filosofía era “puramente especulativa”, y esta solía ser una expresión de elogio. Pero con el paso del tiempo la expresión “especulativa” se ha convertido en una *palabrota*.

Los argumentos filosóficos están repletos de emoción en un grado mayor que los matemáticos y están escritos en un estilo que hace pensar más bien en un reconocimiento vergonzoso que en una descripción desapasionada. Detrás de cada pregunta de la filosofía merodea un enredo de antojos emocionales no reconocidos que actúan como una poderosa motivación hacia conclusiones en las que la razón, en el mejor de los casos, juega un papel secundario. Sacar a la luz tales antojos emocionales, tal como los filósofos han creído que es su obligación hacer, es buscar problemas. Las revelaciones filosóficas se encuentran frecuentemente con la ira que reservamos para la traición de nuestros secretos familiares.

Esta confusa situación hace que el razonamiento filosófico sea más complicado, pero a la vez mucho más gratificante. Aunque los argumentos filosóficos están mezclados con la emoción, aunque la filosofía rara vez alcanza una conclusión firme, aunque el método de la filosofía nunca ha sido claramente acordado, de todas maneras las afirmaciones de la filosofía, provisionales y parciales como lo son, se acercan

muchísimo más a la verdad de nuestra existencia que las pruebas de la matemática.

La pérdida de autonomía

Filósofos de todos los tiempos, comenzando con Tales y Sócrates, han sido víctima de sospechas recurrentes acerca de la validez de su trabajo y han respondido a ellas tan bien como han podido.

La última reacción frente al criticismo de la filosofía comenzó alrededor de principios del siglo veinte y continúa bastante presente entre nosotros.

Los filósofos de hoy (no todos) se han convertido en unos creyentes fervorosos de la matematización. Han cambiado los papeles en la famosa afirmación de Galileo para hacerla decir “El gran libro de la filosofía está escrito en el lenguaje de las matemáticas”.

“Las matemáticas llaman la atención hacia sí”¹ escribió Jack Schwartz en un famoso artículo sobre otro tipo de confusión. Los filósofos en este siglo han sufrido más que nunca de la dictadura de la definitividad. La ilusión de una respuesta final, lo que dos mil años de filosofía occidental no pudo lograr, creyó por fin conseguirse mediante la servil imitación de la matemática.

Los filósofos matematizantes han alegado que la filosofía debe hacerse fáctica y precisa. Han proveído guías que se basan en la lógica matemática para los argumentos filosóficos. Su pretensión es que los eternos enigmas de la filosofía pueden ser solucionados definitivamente mediante el puro razonamiento, desentorpecido del peso de la historia. Seguros de sí mismos en su fe en el poder del puro pensamiento, han cortado todos los lazos con el pasado, sosteniendo que los mensajes de los filósofos pasados son ahora “obsoletos”.

Los filósofos matematizantes estarán de acuerdo en que el razonamiento filosófico tradicional es radicalmente diferente del razonamiento matemático. Pero esta diferencia, en lugar de ser vista como una fuerte evidencia a favor de la heterogeneidad de la filosofía y la matemática, se tiene como una razón para deshacerse completamente de la filosofía no-matemática.

En un área de la filosofía el programa de la matematización ha triunfado. La lógica ha dejado de ser hoy parte de la filosofía. Bajo el nombre de lógica matemática es hoy una exitosa y respetada rama de las matemáticas, que ha encontrado sustanciales aplicaciones prácticas en la ciencia de la computación, muchas más que cualquier otra rama de las matemáticas.

Pero ha costado un precio el que la lógica se hiciese matemática. La lógica matemática ha renunciado a todas sus pretensiones de darle fundamento a la

1 J.T. Schwartz, “The pernicious Influence of Mathematics Upon Science” in Marc Kac, Gian-Carlo Rota, J.T. Schwartz, *Discrete Thoughts. Essays on Mathematics, Science, and Philosophy*, Birkhäuser Boston 1992.

matemática. Muy pocos lógicos hoy creen que la lógica matemática tenga algo que ver con la manera como pensamos.

Los matemáticos, por lo tanto, quedan desconcertados con el espectáculo de filósofos pretendiendo reintroducir sentido filosófico al lenguaje de la lógica matemática. Una limpieza higiénica de toda huella de sentido filosófico ha sido el precio a pagar por la admisión de la lógica en el pliego de las matemáticas. La lógica matemática es ahora otra rama de la matemática como la topología o la probabilidad. Los aspectos filosóficos de la lógica matemática no son cualitativamente diferentes de los aspectos filosóficos de la topología o la teoría de funciones, fuera de una curiosa terminología, que, por azar, retrocede hasta la edad media.

La fingida terminología filosófica de la lógica matemática ha conducido a los filósofos al error de creer que la lógica matemática trata con la verdad en el sentido filosófico. Pero se trata de un error. La lógica matemática no trata con la verdad sino con el juego de la verdad. La manía snob de tirar símbolos que se encuentra en los artículos filosóficos de hoy asombra a los matemáticos, como si alguien pagara la cuenta del supermercado con dinero de monopolio.

Matemáticas y filosofía: éxito y fracaso

Por donde se mire, la matemática es la empresa humana más exitosa. Todo problema de la matemática llega tarde o temprano a ser resuelto. Una vez resuelto, el problema matemático ha sido llevado a cabo definitivamente: ningún evento posterior refutará una solución correcta. Con el progreso de la matemática, problemas que eran difíciles se vuelven fáciles y pueden ser asignados a niños de colegio. La geometría euclideana se enseña en el segundo año de bachillerato. De manera similar, la matemática estudiada por mi generación en estudios de postgrado se enseña ahora en pregrado, y quizás no tan lejanamente, en los colegios.

No sólo todo problema matemático llega a ser resuelto, sino que eventualmente llega a demostrarse que es trivial. La búsqueda de la trivialidad definitiva es característica de la empresa matemática.

Otra imagen emerge cuando miramos los problemas de la filosofía. La filosofía puede ser descrita como el estudio de unos pocos problemas, cuyos enunciados han cambiado poco desde los griegos: el problema mente-cuerpo y el problema de la realidad, por mencionar sólo dos. Una mirada desapasionada a la historia de la filosofía revela dos aspectos contradictorios: primero, estos problemas no han sido resueltos de modo alguno, ni parece que vayan a serlo mientras la filosofía sobreviva; y segundo, todo filósofo que ha trabajado en cualquiera de estos problemas ha propuesto su propia "solución definitiva", que ha sido inevitablemente rechazada por sus sucesores.

Tan aplastante evidencia histórica nos fuerza a concluir que estos dos paradójicos

aspectos deben ser un acompañante ineludible de la empresa filosófica. La incapacidad de poner punto final ha sido una característica sobresaliente de la filosofía a través de su historia.

Filósofos del pasado han hecho hincapié en el rol esencial que tiene el fracaso en la filosofía. José Ortega y Gasset solía describir la filosofía como un “constante naufragio”. Sin embargo, el miedo al fracaso no lo detuvo a él ni a ningún otro filósofo de hacer filosofía.

El fracaso de los filósofos en alcanzar cualquier tipo de acuerdo no hace sus escritos menos relevantes para los problemas de nuestro día de hoy. Releemos con interés las teorías de la mente respectivamente contradictorias que Platón, Aristóteles, Kant y Comte nos han legado, y encontramos sus opiniones oportunas e iluminadoras, incluso en problemas de inteligencia artificial.

Pero los filósofos matematizantes de los últimos tiempos son incapaces de aceptar la inevitabilidad del fracaso. Tomándolo prestado del mundo de los negocios han abrazado el ideal de éxito. La filosofía ha de ser exitosa, o de lo contrario debe renunciarse a ella.

El mito de la precisión

Dado que los conceptos matemáticos son precisos, y que las matemáticas han sido exitosas, nuestros queridos filósofos infieren – erróneamente – que a la filosofía le iría mejor, esto es, que tendría mejor chance de ser exitosa, si utilizase conceptos precisos y afirmaciones unívocas.

El prejuicio de que un concepto debe ser definido con precisión para ser significativo, o que un argumento debe ser expuesto con precisión para tener sentido, es uno de los más insidiosos del siglo veinte. La expresión más conocida de este prejuicio aparece al final del *Tractatus* de Ludwig Wittgenstein. Los escritos posteriores del mismo autor, en particular las *Investigaciones Filosóficas*, consisten en un repetitivo y ruidoso retractarse de su anterior metedura de pata.

Mirado desde el punto de vista de la experiencia ordinaria, el ideal de precisión parece ridículo. Nuestro diario razonar no es preciso, pero es efectivo. La naturaleza misma, desde el cosmos hasta el gen, es aproximada e inexacta.

Los conceptos de la filosofía están entre los menos precisos. Mente, percepción, memoria, cognición, son palabras que no tienen ningún significado fijo o preciso. Pero sí tienen significado. Al forzarlos a ser precisos, malinterpretamos estos conceptos. Para usar una imagen de Wittgenstein, los conceptos filosóficos son como las sinuosas calles de una vieja ciudad, que debemos aceptar tal como son, y con las que nos debemos familiarizar paseando por ellas mientras admiramos su herencia histórica. A la manera de un dictador cárpato, los abogados de la precisión arrasarían con la ciudad y la reemplazarían con la recta y amplia Avenida de la Precisión.

El ideal de la precisión en filosofía tiene sus raíces en una mala comprensión de la noción de rigor. No se les ha ocurrido a nuestros filósofos matematizantes que la filosofía tal vez ya viene provista con su propio tipo de rigor, un rigor que los filósofos deberían describir y codificar desapasionadamente, de la misma manera que los matemáticos hace mucho tiempo hicieron con su propio rigor. Hechizados de tal manera por el éxito de la matemática, permanecen esclavos del prejuicio que sostiene que el único rigor posible es el de la matemática y que la filosofía no tiene más opción que imitarlo.

Malinterpretando el método axiomático

Los hechos de la matemática son verificados y presentados mediante el método axiomático. Toca estar en guardia, sin embargo, de confundir la *representación* de la matemática con el *contenido* de la matemática. Una presentación axiomática de un hecho matemático se diferencia del hecho que es presentado así como la medicina se diferencia de la comida. Es verdad que esta particular medicina es necesaria para mantener al matemático a una distancia prudente de los auto-engaños de la mente. Sin embargo, comprender matemáticas quiere decir ser capaz de olvidar la medicina y disfrutar la comida. Confundir la matemática con el método axiomático que se usa para su presentación es tan ridículo como confundir la música de Johann Sebastian Bach con las técnicas de contrapunto del Barroco.

Esta no es, sin embargo, la opinión sostenida por nuestros filósofos matematizantes. Ellos están convencidos de que el método axiomático es un instrumento básico de descubrimiento. Ellos creen erróneamente que los matemáticos utilizan el método para resolver problemas y probar teoremas. A la malinterpretación acerca del rol del método añaden la absurda pretensión de que este presunto método deba ser adoptado en filosofía. Confundiendo sistemáticamente la comida con la medicina pretenden reemplazar la comida del pensamiento filosófico con la medicina de la axiomática.

Este error delata la visión pesimista que tienen los filósofos de su propio campo. Incapaces o temerosos, como lo están, de deshacerse, describir y analizar la estructura del razonamiento filosófico, buscan ayuda de la técnica probada de otro campo, un campo que es el objeto de su envidia y veneración. Secretamente incrédulos en el poder del razonamiento filosófico autónomo para descubrir la verdad, se rinden a una servil y superficial imitación de la verdad de las matemáticas.

La opinión negativa que muchos filósofos sostienen de su propio campo le ha hecho daño a la filosofía. El desprecio del matemático hacia la exagerada estima del método de exposición matemático retroalimenta el complejo de inferioridad del filósofo y, es más, reduce su seguridad en sí mismo.

“¡Define tus términos!”

Este viejo mandamiento se ha convertido en lugar común de las discusiones de cada día. ¿Qué puede ser más sano que una declaración clara al comienzo acerca de lo que se está hablando? ¿No comienza la matemática con definiciones y luego desarrolla las propiedades de los objetos que han sido definidos mediante una lógica admirable e infalible?

Así como es de saludable este mandamiento en matemáticas, ha tenido desastrosas consecuencias cuando es trasladado a la filosofía. En tanto que la matemática *comienza* con una definición, la filosofía *termina* con una definición. Una declaración clara de lo que estamos tratando no sólo no se encuentra en filosofía, tal declaración sería el final instantáneo de toda filosofía. Si pudiésemos definir nuestros términos, entonces con gusto podríamos prescindir del argumento filosófico.

El imperativo de “definir los términos” está errado en más de una manera. Al leer un argumento matemático formal estamos dados a creer que los “términos indefinidos”, o las “definiciones básicas”, han sido caprichosamente escogidos de una gran variedad de posibilidades. Los matemáticos obtienen un travieso placer en fingir la arbitrariedad de la definición. De hecho ninguna definición matemática es arbitraria. Los teoremas de la matemática motivan las definiciones tanto como las definiciones motivan los teoremas. Una buena definición se “justifica” por los teoremas que pueden ser probados con ella, tanto como la prueba de un teorema se “justifica” apelando a la definición previamente dada.

Hay, por lo tanto, una circularidad escondida en la exposición matemática formal. Los teoremas son probados comenzando con definiciones; pero las definiciones mismas están motivadas por los teoremas que hemos decidido previamente que han de ser correctos.

En lugar de enfocar esta extraña circularidad, los filósofos han pretendido que no existe, como si el método axiomático, procediendo linealmente de las definiciones hasta el teorema, estuviese dotado con el don de la definitividad. Esto es, como todo matemático lo sabe, una sutil falsificación a desacreditar.

Haga el siguiente experimento mental. Suponga que le dan dos presentaciones formales de la misma teoría matemática. Las definiciones de la primera presentación son los teoremas de la segunda, y vice versa. Esta situación frecuentemente ocurre en matemáticas. ¿Cuál de las dos presentaciones hace “verdadera” la teoría? Ninguna, evidentemente: lo que tenemos son dos presentaciones de la *misma* teoría.

Este experimento mental muestra que la verdad matemática no viene a *ser* en la presentación formal; al contrario, la presentación formal es sólo una técnica para disponer la verdad matemática. La verdad de una teoría matemática es distinta de la corrección de cualquier método axiomático que pueda ser escogido para la presentación de la teoría.

Los filósofos matematizantes han perdido de vista esta distinción.

El llamado a la psicología

¿Qué le sucederá al filósofo que insista en precisar afirmaciones y aclarar definiciones? Dándose cuenta, después de vanos intentos, de que la filosofía se resiste a tal tratamiento, el filósofo proclamará que la mayoría de problemas que previamente se pensaba pertenecían a la filosofía, de ahora en adelante deben ser excluidos de consideración. El alegrará que son “sinsentidos”, o en el mejor de los casos, que mediante un análisis de sus afirmaciones puede eventualmente llegar a establecerse una prueba de que son vacuos.

Esta no es una exageración. Los problemas clásicos de la filosofía han llegado a convertirse en tópicos prohibidos en muchos departamentos de filosofía. La mera mención de alguno de ellos por un estudiante de posgrado o por un joven colega terminará en una levantada de cejas seguida de castigos severos. En este régimen dictatorial hemos sido testigos del encogimiento de la actividad filosófica a una *problemática* empobrecida, que principalmente se ocupa del lenguaje.

Con el fin de justificar su desatención con la mayoría de las más antiguas y sustanciales cuestiones de la filosofía, nuestros filósofos matematizantes han recurrido a la artimaña de pretender que muchas preguntas que anteriormente se consideraban filosóficas son sin embargo “puramente psicológicas” y que deben ser tratadas al interior del departamento de psicología.

Si el departamento de psicología de cualquier universidad fuese a considerar sólo un décimo de los problemas que los filósofos les están endilgando, entonces la psicología sería, sin duda alguna, la más fascinante de las materias. Quizás lo es. Pero el hecho es que los psicólogos no tienen la menor intención de tratar con los problemas abandonados por los filósofos que han sido negligentes en sus obligaciones.

No es posible deshacerse de los problemas por decreto. Los problemas clásicos de la filosofía están retornando con furia en la vanguardia de la ciencia.

La psicología experimental, la neuropsicología y la ciencia computacional pueden llegar a convertirse en los mejores amigos de la filosofía tradicional. Las increíbles complejidades de los fenómenos que están siendo estudiados en estas ciencias han convencido a los científicos (mucho antes que al establecimiento filosófico) que el progreso de la ciencia dependerá de investigación filosófica en la vena más clásica.

El concepto reduccionista de la mente

¿Qué hace un matemático al trabajar con un problema matemático? Una descripción adecuada del proyecto de resolver un problema matemático muy seguramente

requerirá un grueso volumen. Nos contentaremos con recordar un viejo dicho, que probablemente retroceda hasta el matemático George Pólya: “Pocos problemas matemáticos llegan a ser resueltos directamente”.

Todo matemático estará de acuerdo en que un paso importante para resolver un problema matemático, quizás el más importante, consiste en analizar otros intentos que imagina puedan haber sido llevados a cabo, o intentos que imagina puedan ser llevados a cabo, con miras a descubrir como esos “previos” intentos fallaron. En resumidas cuentas, ningún matemático llegará a soñar en atacar un problema matemático sustancial sin primero familiarizarse con la *historia* del problema, sea la historia real o una historia ideal construida por el matemático dotado. La solución del problema matemático va de la mano con el descubrimiento de lo que era inadecuado en los intentos previos, con el entusiasmo que ve a través y gradualmente se deshace de las capas de irrelevancias que anteriormente nublaban la verdadera naturaleza del problema. En términos filosóficos, un matemático que resuelve un problema no puede evitar enfrentar la historicidad del problema. La matemática no es nada más que una materia histórica por excelencia.

Con asombrosa uniformidad, todo filósofo desde Heráclito ha enfatizado la lección de que todo pensamiento es constitutivamente histórico. Hasta que aparecieron nuestros filósofos matematizantes alegando que la mente no es más que una compleja máquina pensante, que no ha de ser polucionada por las divagaciones de los años ya pasados. El pensamiento histórico recibió un *coup de grâce* por aquellos hoy ocupan algunas de las sillas principales en nuestros departamentos de filosofía. Los requisitos de la escuelas de posgrado en historia de la filosofía fueron suprimidos, junto a los requisitos de idiomas, y en su lugar encontramos los cursos requeridos en lógica matemática.

Es importante sacar a la luz el mito que subyace tan drástica revisión del concepto de la mente, esto es, el mito de que la mente es cierto tipo de aparato mecánico. Este mito ha sido atacado repetida y exitosamente por los mejores filósofos de nuestro siglo (Husserl, John Dewey, Wittgenstein, Austin, Ryle, Croce, para nombrar unos pocos).

De acuerdo con este mito, el proceso del razonamiento funciona como una máquina expendedora que, al poner en movimiento un complejo mecanismo que nos hace recordar la película *Tiempos Modernos* de Charles Chaplin, obtiene mecánicamente las soluciones a los problemas. Los creyentes en la teoría de la mente como una máquina expendedora clasificarán los seres humanos por “grados” de inteligencia, siendo los más inteligentes aquellos dotados con engranajes más grandes y mejores en sus cerebros, como puede ser, por supuesto, verificado por un IQ test astutamente administrado.

Los filósofos que creen en el mito mecanicista afirman que a la solución de un problema se llega de una única manera: pensando duro acerca de él. Llegarán tan lejos como para afirmar que la familiarización con contribuciones previas al

problema puede afectar una mente bien engranada. Una mente en blanco, insisten, está mejor engranada para completar el proceso de solución que una mente informada.

Este escandaloso enunciado se origina de una idea falsa de los hábitos de trabajo del matemático. Nuestros filósofos matematizantes son matemáticos fallidos. Ellos miran boquiabiertos el espectáculo de los matemáticos trabajando. Para ellos, los matemático son supermentes que arrojan soluciones de un problema tras otro por medio de puro poder mental, simplemente mirando por suficiente tiempo una hoja blanca de papel.

El mito de la máquina expendedora que saca soluciones puede ser apropiada para describir la manera de resolver los rompecabezas lingüísticos de la empobrecida filosofía de hoy, pero este mito está muy lejos de poder describir el trabajo de los matemáticos, o cualquier tipo de trabajo serio.

El error fundamental es una instancia del reduccionismo. El *proceso* por el cual la mente trabaja, que puede interesar a los médicos pero no sirve de nada a los matemáticos en práctica, se confunde con el *progreso* del pensamiento que se requiere para la solución de un problema. Esta catastrófica malcomprensión (*misunderstanding*) del concepto de la mente es la herencia de cien extraños años de pseudo-matematización de la filosofía.

La ilusión de la definitividad

Los resultados de la matemática son definitivos. Nadie nunca mejorará un algoritmo de ordenar que haya sido demostrado ser el mejor posible. Nadie descubrirá un nuevo grupo finito simple, luego de que la lista ha sido trazada después de un siglo de investigación. La matemática es para siempre.

Podríamos ordenar las ciencias en la medida en que sus resultados llegan a ser definitivos. En la parte más alta de la lista estarían las ciencias de menor interés filosófico como la mecánica, la química orgánica, la botánica. En la parte más baja encontraríamos las ciencias más inclinadas filosóficamente como la cosmología o la biología evolutiva.

Los problemas de la filosofía, tales como la mente y la materia, realidad, percepción, son los menos probables de encontrar "soluciones". Nos veríamos en la gorda si nos pusiesen a explicar que tipo de argumento podría ser aceptable como una "solución para un problema de filosofía". La idea de "solución", que es tomada prestada de la matemática y que tácitamente presupone una analogía entre los problemas de la filosofía y los problemas de la ciencia, es fatalmente engañosa (*misleading*).

Filósofos de nuestros días van un paso más allá en sus malas analogías (*mis-analogies*) entre filosofía y matemática. Llevados por una creencia fuera de lugar (*misplaced*) en la definitividad medida en términos de problemas resueltos, y dándose

cuenta de la futilidad de todo programa que prometa soluciones definitivas, han sido forzados a deshacerse de todos los problemas clásicos. ¿Y dónde creen que han encontrado problemas dignos de ellos? ¡Porqué, en el mundo de los hechos!

La ciencia trata con hechos. Cualquier cosa con la que trate la filosofía tradicional no serán hechos en el sentido usual de la palabra. Por lo tanto, la filosofía tradicional es sin-sentido.

Este silogismo, equivocado en muchos aspectos, se predica basado en asumir que ninguna afirmación es de algún valor a no ser que sea la afirmación de un hecho. En lugar de darse cuenta de lo absurdo de este supuesto vulgar, los filósofos se lo han tragado, anzuelo, sedal y pomo, y se han ocupado a sí mismos en vivir de hechos.

Pero la filosofía nunca ha sido equipada para tratar directamente con hechos, y ningún filósofo clásico ha considerado alguna vez los hechos como algo de su incumbencia. Nadie tornará nunca a la filosofía a aprender hechos. Los hechos son el oficio de la ciencia, pero no de la filosofía.

Y así, un nuevo eslogan debió ser acuñado: la filosofía *debe* tratar con hechos.

Este “debe” viene al final de una larga fila de “debe” normativos. La filosofía debe ser precisa; debe seguir las reglas de la lógica matemática; debe definir sus términos cuidadosamente; debe ignorar las lecciones del pasado; debe ser exitosa en resolver sus problemas; debe producir soluciones definitivas.

“Los cerdos deben volar”, dice el viejo dicho.

¿Pero cuál es el prestigio (*standing*) de tales “debe”, de plano negados, como lo están, por dosmil años de filosofía? ¿Debemos creer la insinuación no tan sutil de que el camino real hacia el razonamiento correcto será porfin nuestro si seguimos estos imperativos?

Hay una explicación más plausible para este aluvión de “debe”. La realidad en que vivimos se constituye por una miríada de contradicciones que la filosofía ha tradicional se ha esforzado en describir con valiente realismo. Pero la contradicción no puede ser confrontada por mentes que han puesto todos sus apuestas en la precisión y definitividad. El mundo real está lleno de ausencias, absurdos, anomalías, aberraciones, abominaciones, abusos, con *Abgrund*. Pero nuestros filósofos de los últimos días no están preocupados por afrontar estos aspectos desconfortantes del mundo, ni ningún aspecto relevante fuere lo que fuere. Ellos preferirían contarnos cómo *debe* ser el mundo. Encuentran más seguro escapar de la desagradable descripción de lo que es hacia la prescripción inútil de lo que no es. Como avestruces con sus cabezas enterradas en la arena, se encontrarán con el destino de aquellos que se niegan a recordar el pasado y fracasan en enfrentar los retos de nuestro difícil presente: irrelevancia creciente seguida por una eventual extinción.